

El tiempo de la lectura en la obra de Pierre Bayard

The Time of Reading in Pierre Bayard's Work

Nicolás Garayalde

Universidad Nacional de Córdoba, IDH - CONICET

negarayalde@gmail.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-0692-4330>

RESUMEN

En este trabajo proponemos una interpretación de la *crítica de anticipación* de Pierre Bayard con el objetivo de indagar en el aspecto temporal de la experiencia de la lectura en el marco de una teoría de la lectura. Para ello, analizaremos el discurso psicoanalítico desplegado por el crítico francés que conduce a nociones como la de libro-interior. Esto nos llevará a una comparación con otros modos de pensar la temporalidad en la lectura como los de Michel Picard y Harold Bloom. Finalmente, este artículo propondrá la noción de *sesión de lectura* de acuerdo a un modelo de tres tiempos lógicos.

Palabras Clave: tiempo; sesión de lectura; crítica psicoanalítica; teoría de la lectura; Pierre Bayard; libro-interior.

ABSTRACT

This essay proposes an interpretation of Pierre Bayard's *anticipatory criticism* in order to look into the temporal aspect of the reading experience in the frame of a reading theory. To that end, we will analyze the psychoanalytic discourse deployed by the French critic which leads to notions such as inner-book. This will drive us to a comparison with other manners of thinking the temporality of reading, including those we find in Michel Picard's and Harold Bloom's works. Finally, this article will propose the notion of *reading session* according to a model of three logic times.

Key words: Time; Reading Session; Psychoanalytic Criticism; Reading Theory; Pierre Bayard; Inner-book.

1. INTRODUCCIÓN

En el presente artículo nos proponemos abordar la obra del ensayista francés Pierre Bayard con el objetivo de desarrollar a partir de su labor crítica una conceptualización de la dimensión temporal de la experiencia de la lectura. Con ello, pretendemos proponer un modelo explicativo de lo que ocurre a nivel del tiempo en lo que llamaremos la *sesión de lectura*.

Desde sus primeros ensayos a principios de la década del 90, Pierre Bayard ha llevado a cabo un intenso trabajo de reflexión teórica en el campo de los estudios literarios. Esta labor ha implicado volver sobre «problemas primarios» (Freund 1987) de la teoría literaria como los de autor, texto, lectura, historia literaria, etc., cuya consecuencia ha sido un notable impacto en la crítica literaria francesa contemporánea.

En otras ocasiones, nos hemos detenido en algunos de estos conceptos primarios –cuyas definiciones articulan una teoría de la lectura– como el de *unidad* (Garayalde 2014a) o el de *marco de referencia espacial del texto* (Garayalde 2016). Quisiéramos ahora analizar el problema de la *temporalidad de la lectura*, tal como podemos entenderla a partir de una cuidadosa interpretación de los ensayos del crítico francés.

Para ello, nos detendremos especialmente en lo que Bayard llama *crítica anacrónica o de anticipación* (2010), cuya ejecución se pone en escena en una trilogía compuesta por los siguientes libros: *Demain est écrit* (2005), *Le plagiat par anticipation* (2009) y *Le Titanic fera naufrage* (2016). En estos textos, pero también de manera dispersa en otros, se pone en juego una reflexión sobre el vínculo entre el tiempo y la lectura que tiene como consecuencia una reformulación de las maneras en que entendemos la influencia, la historia literaria, la intertextualidad y la lectura:

Esta reflexión sobre las formas de la temporalidad se basa en la convicción de que los modelos temporales a los que hemos recurrido para hablar de la literatura son obsoletos o inadecuados, y que tenemos que inventar otros para poder pensar la complejidad de la experiencia literaria (Bayard 2010, 28).

El modo en que Bayard lleva a cabo esta reflexión está ligado a la particularidad genérica de sus ensayos. Los textos de Bayard son de difícil clasificación y se sitúan en un espacio en el que habitan la teoría y la ficción. Así, el saber sobre la experiencia de la lectura no se produce tanto cuando se refiere explícitamente al tema; es más bien en su trabajo escritural –ubicado en una zona fronteriza entre la crítica académica, la teoría, la retórica, el psicoanálisis, el ensayo y la literatura– donde se advierte la fuerza teórica y productiva de un saber sobre el tiempo y la lectura. Esta característica de los textos de Bayard –que nos permitiría hablar, siguiendo a Florian Pennanech (2009), de «ensayos fantásticos»– permite la creación de «experimentos ima-

ginarios»¹ que facilitan un ejercicio reflexivo sobre problemas de la teoría literaria.

Una inspección atenta de los textos de Bayard nos permite afirmar que existen dos aspectos fundamentales a partir de los cuales se da cuenta de la temporalidad de la lectura: 1) por un lado, lo que podemos llamar la *lectura del tiempo*, cuyo objeto principal es la *historia literaria*; 2) por otro lado, el *tiempo de la lectura*, cuyo objeto principal es lo que proponemos llamar la *sesión de lectura*.

Podría pensarse que esta distinción tiene una correspondencia con aquella establecida por Wolfgang Iser (1987a) para el desarrollo de una teoría de la lectura entre una «teoría del efecto» y una «teoría de la recepción». Vale sin embargo aclarar los matices y diferencias, pues en ellos se encuentra lo que para nosotros hay de interesante en pensar la temporalidad de la lectura a partir de la obra de Bayard.

La «teoría de la recepción» se interesa en los juicios históricos del lector y las transformaciones que cada actualización lectora opera sobre la historia de la literatura, de acuerdo al programa desarrollado por H. R. Jauss (1976). Lo que llamamos «lectura del tiempo» no se encuentra lejos de la concepción de la temporalidad alojada en la «teoría de la recepción» de Jauss, con la que entra en diálogo y tensión, fundamentalmente en lo tocante al rol desempeñado por el psicoanálisis. Por ello, en un trabajo anterior dedicado al aspecto de la «lectura del tiempo» (Garayalde, 2018)², nos detuvimos en las relaciones que los ensayos de Bayard mantienen con la teoría de la recepción de Jauss. Pudimos observar allí cómo en Bayard la *lectura del tiempo* y la *historia literaria* son reformuladas según un conjunto de estrategias que se enmarcan en la singular manera con la que se apropia de la retórica y la deconstrucción.

Sin embargo, «el tiempo de la lectura» no se corresponde en igual medida con la «teoría del efecto» de Iser, en cuanto esta última está «anclada en el texto» y se muestra muy preocupada –en sintonía con la fenomenología en la cual se inscribe– por mantener una posición que no reduzca la obra de arte ni al texto ni al lector, concibiéndola en cambio como resultado de un proceso dialéctico entre los polos: «Aislar los polos significaría reducir la obra de arte a la técnica de la presentación del texto o a la psicología del lector» (1987a, 46). En su intento por ponderar un punto entre ambos, Iser parece sin embargo elidir toda

¹ Tomamos este término de Thomas Kuhn para referirnos a ejercicios literarios que imaginan una situación natural, sin llevarla a cabo en la realidad, con la expectativa de que ofrezca algún conocimiento válido. Cfr. Kuhn 1971.

² En efecto, se trata de un artículo donde nos propusimos analizar el problema de la historia literaria en el pensamiento de Bayard, donde se percibe un cuestionamiento general a la concepción cronológica de la historia a través de una discusión de los modos de ser de las relaciones intertextuales. Tal artículo, titulado «La lectura del tiempo de en la obra de Pierre Bayard», funciona así como un complemento del que aquí se presenta, en el marco de una problemática general del tiempo en la recepción literaria.

la importancia del lector como sujeto psicológico. No obstante, y pese al antipsicologismo que sostiene junto a Jauss³, Iser reconoce el valor del psicoanálisis cuando en distintas ocasiones considera la experiencia del leer como una experiencia de autocomprensión que involucra el afecto. En estos momentos –breves e infrecuentes, pero no por eso menos importantes– Iser se acerca a una concepción de la lectura como la que se despliega en autores como Bayard: «la literatura –afirma Iser– ofrece la posibilidad de formularnos a nosotros mismos por medio de la formulación de lo no formulado» (1987a, 250). La diferencia sustancial, sin embargo, entre un autor y otro, radica precisamente en el estatuto de «lo no formulado»: es aquí donde se produce una divergencia, que toca la dimensión temporal de la lectura, entre la teoría del efecto de Iser y la teoría de la lectura de Bayard. En el primero, «lo no formulado» apela a los «espacios vacíos» o «lugares de indeterminación» que *en* el texto «llaman» a la participación y «concretización» del lector; en el segundo, «lo no formulado» tiene una dimensión tanto textual –que implica la lectura del tiempo– como psíquica –que implica el tiempo de la lectura–. En esta encrucijada de dimensiones –que no pueden separarse sino a fines expositivos–, «lo no formulado» depende de la subjetividad del lector y es imposible establecerlo sin referencia a ella.

En este artículo nos ocuparemos del tiempo de la lectura, al detenernos sobre aquello que en el sujeto no puede formularse y que condiciona el modo en que el tiempo atraviesa la experiencia de lectura. Para dar cuenta de ello, propondremos la noción de *sesión de lectura*. Esta noción no es necesariamente incompatible con la temporalidad propia de lo que Iser llama «el proceso de lectura» (1987b). En todo caso, y más allá de las tensiones teóricas entre una propuesta y otra, la *sesión de lectura* sitúa su interés en la temporalidad que se pone en escena por el rol que juega el sujeto inconsciente de la lectura.

La lectura del tiempo y el tiempo de la lectura son aspectos complementarios. Todo acto de lectura involucra una lectura de la historia literaria, en cuanto todo texto literario se inscribe en ella y está habitado por ella (esto es, por las relaciones intertextuales, por las formas de la influencia, por los contextos específicos que impone la periodización). Simultáneamente, todo acto de lectura incluye una temporalidad propia del sujeto lector. Al ponderar este sujeto estamos considerando el marco psicoanalítico en el cual se encuadra el pensamiento de Bayard. Como veremos, la temporalidad que atraviesa la *sesión de lectura* está determinada por la condición del lector como sujeto del inconsciente.

Al enfocarnos en la *sesión de lectura*, interpelaremos la obra de Bayard a partir de otros autores cuyas obras, en diálogo con el psicoanálisis, resultan de

³ «El análisis de la experiencia literaria del lector –dice Jauss– se salva del apremiante psicologismo si describe la recepción y el efecto de una obra en el objetivable sistema de referencias de las expectativas, que para cada obra, en el momento histórico de su aparición, es el resultado de la comprensión previa de los géneros, de la forma y temática de obras anteriormente conocidas, y de la oposición entre lengua poética y práctica» (1976, 199).

gran pertinencia en cuanto al problema que nos compete: Jacques-Alain Miller, Michel Picard y Harold Bloom. El cruce entre estos autores nos permitirá levantar, por así decirlo, una concepción de la temporalidad que procura avanzar hacia una teoría de la lectura.

Una problematización del modo en que el tiempo se involucra en la lectura pone en juego el marco de referencia del texto, las relaciones intertextuales que se entran durante la recepción y, con ello, la elaboración del sentido y de la obra literaria como tal. Por eso nos parece importante trabajar sobre este problema con el objetivo de contribuir al desarrollo de una teoría de la lectura.

2. DE LA SESIÓN ANALÍTICA A LA SESIÓN DE LECTURA

Freud anunció de manera dispersa desde el *Manuscrito M* de 1897 hasta sus últimos escritos la idea de una atemporalidad de los procesos anímicos inconscientes: «Esto significa –declara en *Más allá del principio del placer*– que el tiempo no altera nada en ellos, que no puede aportárseles la representación del tiempo» (1920, 28).

Si seguimos a Jacques-Alain Miller en *Le erótica del tiempo* (2014), este aspecto del inconsciente produce una doble temporalidad en la experiencia analítica que cuestiona la concepción del tiempo como una línea progresiva de carácter irreversible. Ningún acontecimiento, para el psicoanálisis, adquiere su sentido pleno en el momento de su ocurrir ni pasa sin efectos sobre sucesos anteriores. El sentido de los hechos es para la psiquis un proceso que sucede bajo la ley de la retroacción.

Una de las particularidades especiales de la experiencia de la *sesión analítica* es la necesidad de distinguir entre un Tiempo 1 del analizante (progrediviente, que avanza hacia el futuro) y un Tiempo 2 del analista (retroactivo, que va hacia el pasado). Es en este último que se instituye el inconsciente fuera de tiempo indicado por Freud. Tal experiencia lleva a Miller a señalar una característica de la sesión analítica que aporta elementos para establecer lo que llamamos *sesión de lectura*:

Si están ustedes de acuerdo, esto quiere decir que la palabra analizante se vuelve equivalente a una lectura y, por tanto, remite a una escritura, la escritura del antes. Es por allí que la interpretación, cuya esencia es el juego homofónico de palabras, es el reenvío de la palabra a la escritura, el reenvío de cada enunciado presente en su inscripción a su enunciación por el Sujeto supuesto Saber (Miller 2014, 34-35).

Lo propio de la experiencia analítica es que el pasado está actualizado por la presencia del analista. Se trata de un pasado repetido, un «estaba escrito». La posición del analista es la de un «ya ahí» [«*déjà-là*»]. En el cruce de estas dos temporalidades se inscribe la interpretación, que articula y relaciona el presente progrediviente con el pasado. La interpretación radica en el hecho de

La interpretación como punto infinito significa considerarla como un acontecimiento impredecible y suplementario. Interrupción, corte de un proceso lineal que produce una retroacción y conjuga así la doble temporalidad. Esta manera de entenderla ofrece además una respuesta al problema de la duración de la sesión analítica: «considero la sesión lacaniana –define Miller– como un lapso de tiempo con su suplemento de infinito» (2014, 27).

Lo imprevisible de la interpretación se vincula al fondo de imposibilidad sobre el que se inscribe. Podríamos decir, en los términos que Jacques Lacan emplea en el seminario *Encore* (1975): *algo no cesa de no escribirse*. Aquiles nunca alcanza la tortuga. Sencillamente porque el «texto original» es un texto mítico que se resiste a la simbolización y que la interpretación procura escribir a pesar de su imposibilidad. Así, la emergencia de la interpretación presume una detención, un cesar de no escribirse mediante un suplemento. Algo que sucede *a posteriori* en cuanto la interpretación irrumpe como acontecimiento imprevisto: el punto al infinito cesa de no escribirse.

Recuperemos de aquí los elementos que nos permiten avanzar hacia lo que sucede en el tiempo de la lectura, aunque no haya que suponer una equivalencia sino solo una semejanza entre la sesión analítica y la sesión de lectura: 1) la *doble temporalidad*; 2) la retroacción o *a posteriori* (el *après-coup*, el *Nachträglichkeit*) propios de esta doble temporalidad; 3) el rol de la interpretación como acontecimiento imprevisto y punto de detención hacia la retroacción; 4) la lectura como escritura suplementaria de un «texto original» que *no cesa de no escribirse*.

Volvamos entonces a una pregunta que hemos dejado aún incontestada: ¿de qué «texto original» se trata? Pero también: ¿dónde y cuándo se ubica este texto original?; ¿cómo afecta los límites del marco de referencia temporal de la experiencia de lectura? En otras palabras: ¿cuándo ocurre la lectura?

Encontramos en distintos ensayos de Bayard elementos que nos permiten configurar algunas respuestas a estos interrogantes y, con ello, establecer una concepción de la temporalidad del acto de leer en el marco de una teoría de la lectura.

Como ya lo señalamos, la trilogía de la crítica de anticipación representa un lugar privilegiado para encontrar una problematización de la temporalidad en la experiencia literaria. *Demain est écrit* y *Le Titanic fera naufrage*, primera y tercera entregas de la trilogía, se apoyan sobre la hipótesis –en apariencia fantástica– según la cual los escritores son capaces de predecir el futuro. Así, en el primero de estos ensayos, Bayard explora cómo la literatura narra acontecimientos que ocurrirán al autor posteriormente; en el segundo, indaga en obras literarias que resultarán a sus ojos premonitorias de eventos catastróficos de la historia mundial.

Estas hipótesis se despliegan en un género híbrido que combina teoría, crítica y ficción –con una importante cuota de ironía–. Por ello, los textos de Bayard pueden ser calificados de *ensayos fantásticos* en la medida en que re-

curren a piruetas ficcionales que rozan el absurdo pero que –por el potencial que habilita el discurso literario– se configuran como un espacio transicional que permite una singular forma de producción del saber.

Las predicciones que Bayard identifica en la literatura pueden parecer inverosímiles. Sin embargo, el ensayo fantástico ofrece el espacio de producción de *experimentos imaginarios* mediante los cuales se elaboran hipótesis que cuestionan conceptos fundamentales de la teoría literaria.

Bajo esta misma modalidad de escritura ensayística ficcional, *Le plagiat par anticipation* asume que algunas obras del pasado han plagiado otras del futuro: Maupassant ha plagiado a Proust, Voltaire a Conan Doyle. La paradoja temporal a la que acude esta propuesta no puede leerse como una sencilla separación entre un tiempo de la creación y otro de la recepción –como lo hace, por ejemplo, Hélène Maurel-Indart (2009)–. El concepto de plagio por anticipado (como indicamos en Garayalde 2018) es una estrategia deconstruccionista de relaciones binarias entre los textos (tales como hipotexto/hipertexto, pasado/presente) que subvierte la concepción cronológica de la historia literaria y redefine los parámetros de la influencia y el marco textual y contextual.

En *Demain est écrit* Bayard repite esta subversión temporal, pero esta vez acudiendo al psicoanálisis como fundamento. Hacia el promedio del ensayo, se detiene en el cuento de Edgar Allan Poe «Retrato Oval» (1842), en el que una mujer muere luego de ser retratada por su amante. Bayard se interesa en la relación predictiva que este relato mantiene con Virginia, joven esposa de Poe muerta de tuberculosis en 1846. Para analizar esta relación, recupera la noción psicoanalítica de *fantasma* [*fantasme*]⁴ y formula la hipótesis según la cual la Virginia del cuento y la amante de Poe no se parecen tanto entre sí como a una *tercera mujer*, de la que han tomado sus rasgos: Elizabeth, la madre de Poe. De este modo, «las similitudes extrañas entre textos y acontecimientos posteriores estarían menos vinculados entre sí y más vinculados a una fuente común, que los iluminaría al conferirles rasgos similares» (Bayard 2005, 89-90).

Esta «hipótesis freudiana» explica el poder predictivo del cuento, su «estaba escrito», su *déjà-là*. Se trata aquí de un *a posteriori* en tanto el cuento es leído como un anuncio de la muerte futura de la amante de Poe; pero se trata también de una escritura segunda que apela a una anterior, que *no cesa de no escribirse* excepto allí donde la creación literaria o la interpretación dan lugar a un punto de corte suplementario. En este sentido, la temporalidad implica en este caso una retroacción pero también una repeti-

⁴ Bayard define el fantasma de la siguiente manera: «escenario imaginario en el que participa el sujeto en compañía de sus cercanos o sus sustitutos, y gracias al cual se representa una situación de goce. Escenario repetitivo, incluso si puede conocer variantes, porque es muy cercano al deseo del sujeto» (Bayard 2005, 88).

ción desde una estructura fantasmática mítica, que es como entendemos el «texto original» de Miller: texto original como simbolización imposible y, sin embargo, insistente.

Si indagamos en otros trabajos del crítico francés, tal vez resulte posible precisar cómo entendemos este «texto original» para el caso de la sesión de lectura. En *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus ?*, irónico ensayo en el que se sugieren técnicas para hablar de libros que no hemos leído, se presenta una trilogía conceptual que nos ayuda a avanzar en la dirección que pretendemos: el libro-interior, el libro-pantalla y el libro-fantôme⁵. Las relaciones entre estos libros configuran un modelo de la experiencia de lectura. Nos interesa fundamentalmente el libro-interior, al que Bayard define en los siguientes términos:

Conjunto de representaciones míticas, colectivas o individuales, que se interponen entre el lector y todo nuevo escrito, dando forma a la lectura a sus espaldas. Ampliamente inconsciente, este libro imaginario filtra y determina la recepción de los nuevos textos al decidir qué elementos serán retenidos y cómo serán interpretados. Tejido por los fantasmas y las leyendas privadas de cada individuo, está presente en nuestro deseo de lectura, es decir en la manera en la que buscamos y luego leemos libros. Es ese objeto fantasmático en busca del cual vive todo lector y del que los mejores libros que encontrará en su vida no serán más que fragmentos imperfectos, incitándolo a continuar leyendo (2007, 81-82).

¿Por qué los mejores libros que encontrará todo lector no serán más que fragmentos imperfectos del libro-interior? Porque es un libro que se resiste a su escritura, cuyo contenido no puede ser incorporado a la dimensión simbólica. De allí dos de las particularidades de este libro que explican la existencia y función de los otros dos: su imposibilidad y su insistencia; es decir, su condición de no cesar de no escribirse. En este sentido, el libro-pantalla –de acuerdo a un vocabulario psicoanalítico en el que resuena el recuerdo-pantalla de Freud (1899)– es producto de las transformaciones a las que se somete, en tanto inconsciente e inaccesible, el libro-interior. El libro-fantôme, por otro lado, es aquel que surge oralmente o por escrito en el discurso con el otro. Podríamos decir, para emplear el vocabulario que venimos desplegando: se trata del libro que no cesa de escribir el libro-interior (el «texto original») que no cesa de no escribirse.

Bayard no introduce en esta trilogía de libros la temporalidad como tal. Pero un recorrido por la *crítica de anticipación* nos habilita a situar este sistema libresco en el marco de lo que llamamos la *sesión de lectura*. Para establecer teóricamente este pasaje de una sesión a la otra, recurriremos en

⁵ Dejamos sin traducir el término *fantôme* para que no se confunda con la noción psicoanalítica de *fantasma* que en francés es *fantasme*.

el siguiente apartado al pensamiento del crítico francés Michel Picard. Paralela a la sesión analítica, la sesión de lectura tal como la pretendemos conceptualizar pone en el lugar del *déjà-là* (*ya-ahí*) de Miller el *déjà-lu* (*ya-leído*) de Picard.

3. DEL DÉJÀ-LÀ AL DÉJÀ-LU

Michel Picard dedica un importante trabajo a la temporalidad de la lectura en *Lire le temps* (1989), completando una investigación iniciada poco antes en *La lecture comme jeu* (1986).

Por un lado, Picard da fundamental importancia al *après-coup* en la lectura: «la escena primitiva sería típicamente el resultado de reconstrucciones; paradójicamente, lo originario está siempre en el *après-coup*» (1986, 160). Por otro lado, vemos en *Lire le temps* una articulación entre fantasma y lectura que remite a la imposibilidad de simbolización y a la ilegibilidad consecuente: «el lector lee otra cosa de lo que cree estar leyendo: lee aquello que no está (para nada) escrito, y no puede estarlo» (1986, 107)⁶.

⁶ Observamos aquí la diferencia entre las posiciones psicoanalíticas de autores como Picard o Bayard y las posiciones fenomenológicas de autores como Ingarden o Iser, como ya sugerimos en la introducción. Tanto unos como otros comparten una concepción de la lectura en la que lo no escrito ocupa un rol clave para la participación del lector en la elaboración de sentido, pero difieren en la manera de concebir lo que no está escrito y, con ello, en la manera de elaborar la temporalidad de la lectura. Roman Ingarden (1998), precursor de las teorías de la recepción, propone la noción de «espacios de indeterminación» para dar cuenta del carácter ahuecado del texto que demanda al lector un acto de complementación. Esta noción, pensada todavía en Ingarden como una mera acción de completar lo que el texto ya prevé, es refinada y complejizada por Wolfgang Iser quien, en el camino fenomenológico de Ingarden, insiste sobre los «espacios vacíos» del texto, a partir de los cuales se «llama» al lector a participar para dar fundamento a aquello que permanece implícito. Por esta razón, Iser sostiene que «la parte “no escrita” de un texto estimula la participación creativa del lector» (1987a, 217). Cómo se desarrolla este proceso que da lugar a la obra de arte –según una dialéctica entre una «estructura del texto» y una «estructura del acto»– es lo que Iser programa responder en la lección inaugural de la Universidad de Constanza y procura desarrollar en trabajos posteriores, fundamentalmente en *El acto de leer*. La lectura como proceso allí desarrollada supone la incorporación de una temporalidad ligada a la interacción entre lector y texto respecto a lo que en este último no está escrito. En este sentido, el proceso de la lectura ocurre como una dialéctica que conjuga lo que Iser llama –a partir de Husserl– el vaivén entre las protenciones y retenciones: «en el acontecimiento de la lectura –nos dice– juegan recíprocamente expectativas modificadas y recuerdos modificados [...]. Cada instante de la lectura es una dialéctica de protención y retención, a la vez que se transmite un horizonte de futuro, todavía vacío, pero que debe ser colmado con un horizonte de pasado, saturado, pero continuamente palideciente, y esto de manera que a través del peregrinante punto de visión del lector se abran permanentemente ambos horizontes interiores del

Sobre esta línea, la noción de *après-coup* implica una concepción hermenéutica de la lectura pero que sitúa la interpretación como un suplemento, un punto de corte. De esta hermenéutica da cuenta Bayard en *Qui a tué Roger Ackroyd ?* (1998) cuando, hablando de la interpretación de los índices en el relato policial, afirma: «el índice es menos un signo ya presente que un signo que se constituye a posteriori [*après-coup*] en el movimiento hermenéutico de la interpretación» (1998, 89-90, el subrayado es nuestro).

Advertimos pues una temporalidad paradójica en la sesión de lectura entre una recurrencia a un pasado lejano en el que anida un libro-interior, una actualización en el presente y un envío al futuro en tanto siempre se continúa buscando más allá lo que hubo en el pasado y no puede escribirse en el presente. Podríamos decir que cada lectura es un intento de repetición de lo ya leído, de tal modo que el nuevo texto se presenta como una oportunidad de retorno y actualización del pasado. En otras palabras: como un *objeto transicional* en el sentido que este sintagma toma en Donald Winnicott⁷.

Al describir los componentes que intervienen en el acto de lectura, Michel Picard indica con la noción de *leído* [*lu*] aquello que da cuenta de ese retorno que se experimenta en la sesión de lectura: «lo *leído* [*lu*] se abandona a las emociones moduladas y suscitadas en el Ello, hasta los límites del fantasma», dice en *La lecture comme jeu* (1986, 214). Para completar en *Lire le temps*:

texto, a fin de que se puedan fundir entre sí» (1987a, 182). Sin embargo, Iser permanece constantemente alerta frente a cualquier posibilidad de caer en una psicología del lector: el recuerdo es recuerdo de lo leído y no alude a una psicología del sujeto ni de su tiempo de vida. El tiempo de la protención y la retención tiene que ver con lo que llama «lector implícito» y no con el ego «que paga las facturas» y «repara los grifos que go-tean» (para recuperar un expresión de W. Booth evocada en *El acto de leer*). En este sentido, la retroacción que opera en el lector implícito a partir de las expectativas y los espacios de indeterminación, nada tiene que ver con el *après-coup* que Michel Picard piensa a partir de lo no-escrito. Aún más: la fenomenología de la lectura de Iser se distancia del psicoanálisis de la lectura de Picard –y luego de Bayard– en cuanto aquella busca «explicar los actos de comprensión mediante los cuales el texto queda traducido en la conciencia del lector» (177), siendo el proceso de lectura un correlato entre la conciencia del lector y la del autor depositada en el texto. El problema en Iser, como hemos sugerido más extensamente en otra parte (Garayalde 2014b), radica en todo caso en que finalmente su teoría permanece demasiado arraigada al texto ante el temor de precipitarse en una psicología. De tal modo que proponiéndose hablar del lector no habla sino del texto (Cfr. al respecto la crítica que Norman Holland dedica a Iser en *The Critical I* de 1992).

⁷ Winnicott define con estas palabras la noción de objeto transicional: «Introduzco los términos “objetos transicionales” y “fenómenos transicionales” para designar la zona intermedia de experiencia, [...] entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha integrado. [...] Una zona intermedia de experiencia a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior [...]. Zona intermedia entre lo subjetivo y lo que se percibe en forma objetiva» (1994, 18-19).

«Lo *leído* revive, gracias al lenguaje, sus experiencias traumáticas rechazadas, descubre a tientas núcleos patógenos, anula la deriva de un tiempo que ha dejado de ser irreversible» (1989, 146). En consecuencia, al *déjà-là* [*ya-ahí*] de Miller podríamos reemplazarlo en la *sesión de lectura* por el *déjà-lu* [*ya-leído*].

Lo *leído* se involucra en la temporalidad de la lectura en cuanto insiste en su repetición, en su escritura. El *libro-interior* de Bayard es aquello *ya-leído*, es la dimensión mítica del «texto original». Un *ya-leído* que busca rescribirse, pero falla; un imposible que insiste.

Desde un punto de vista psicoanalítico, la escritura del *libro-interior* como experiencia de lo que no cesa de no escribirse implica considerar que el sujeto de la lectura es un sujeto del inconsciente. Esto es, un sujeto fundamentalmente dividido. De ello da cuenta la trilogía conceptual de libros que encontramos en Bayard, en cuanto pone en evidencia la imposibilidad de leer una parte de sí (el libro-interior), las transformaciones que por este motivo esa lectura produce (el libro-pantalla) y la escritura consecuente que emerge en el discurso (el libro-fantôme). Esta característica del sujeto de la lectura como sujeto dividido nos conduce a indagar sobre la naturaleza del libro-interior: ¿cómo está constituido?, ¿cuál es la posibilidad de su legibilidad?, ¿cuáles son sus límites y su marco de referencia?, ¿en qué consiste su escritura?

3. DE LA LECTURA A LA ESCRITURA

Recapitulemos: toda *sesión de lectura* está regida por una temporalidad retroactiva que atraviesa el nuevo texto a partir de un intento de lectura imposible, equívoca y desviada del libro-interior, cuya consecuencia es la escritura del libro-fantôme. Por ello, toda lectura es un acto de escritura fallida.

Es interesante que en la teoría poética de Harold Bloom podemos hallar un modelo semejante de lectura equívoca y desviada cuya consecuencia es una escritura poética. Bloom hace coincidir escritura y lectura a partir del concepto de *deslectura* (*misreading*). Por ello, nos parece pertinente detenernos un momento en los ensayos de este autor en los que se desarrolla esta teoría a los fines de recuperar elementos que contribuyan a una conceptualización de la sesión de lectura. Nos referimos fundamentalmente a los libros *The Anxiety of Influence*, *A Map of Misreading* y *The Anatomy of Influence*. Bloom afirma en estos trabajos que todo acto poético es una forma de *deslectura* (*misreading*) que un «poeta fuerte» lleva a cabo al leer sus precursores. En otras palabras, un «poeta fuerte» puede enfrentar la influencia de la tradición y producir una obra original a partir de una *deslectura* o mal lectura de sus precursores. Bloom señala además que el crítico, al que considera parte de la literatura, es como el poeta fuerte: la crítica es una escritura que supone una *deslectura*.

La influencia entre los autores plantea la dificultad de la delimitación de las voces. Al referirse a la angustia de la influencia en *The Anatomy of Influence*, el crítico norteamericano plantea: «La angustia es una cuestión de identidad personal y literaria. ¿Qué es mi yo y qué es mi no yo? ¿Dónde acaban las voces de otros y dónde empieza la mía?» (2011, 20).

Estas preguntas son pertinentes para el problema que nos compete: ¿cuál es el marco de referencia del libro-interior que condiciona la lectura?; ¿qué voces y qué textualidades lo habitan?

El libro-interior es un texto heterogéneo en el que se entran y confunden diversas voces. En Bayard podemos identificar esta plurivocalidad en uno de sus primeros ensayos: *Il était deux fois Romain Gary* (1990). Observamos allí una interpretación de un *corpus* de novelas de Romain Gary que exhiben el modo en que la propia enunciación está habitada por una pluralidad de enunciadores.

Así, Bayard aborda en este libro novelas autobiográficas de Gary como *La Promesse de l'aube*, donde una de las problemáticas que surge es la confusión de voces, en tanto el crítico halla al menos dos enunciadores que hablan *a través* de Gary como narrador: la madre (Nina) y un vecino judío apellidado Piekenly. Nos parece legítimo asumir que lo que sucede en el caso de Gary es una metáfora de lo que ocurre en el sujeto de la lectura.

La pregunta que parece enfrentar aquí Bayard a partir de Gary es la siguiente: «¿Qué es *escribir sobre su pasado*?» (1990, 116). En otras palabras: ¿cómo se cuenta la propia historia?, ¿quién habla? En términos de Bloom: ¿qué es mi yo y qué es mi no yo?

Il était deux fois Romain Gary afirma que el relato de la propia historia implica una intertextualidad con textos previos producidos en el marco de «escrituras del *avenir*» (39). El ejemplo paradigmático de estos *pre-textos* es lo que Bayard llama «novela parental», es decir la novela que cuenta la historia del sujeto por venir, prediciendo y constituyendo a futuro su identidad. En el caso de Gary, es enunciada principalmente por su madre, bajo la estructura del verbo *ser* conjugado en futuro simple: «*Mi hijo será un héroe, un gran escritor, embajador de Francia, general...*» (citado en Bayard 1990, 5)⁸.

El entramado entre la voz que cuenta su propia historia (escrita en pretérito) y la novela parental (escrita en futuro) confluye en un texto por lo menos bivocal cuyas voces se alternan y entremezclan y cuya heterogeneidad se evidencia, entre otras cosas, por la alternancia de los tiempos verbales. En este sentido, *La Promesse de l'aube* introduce una ambigüedad suficiente para volver por momentos indecible *quién habla*. Se trata de una toma de posesión que «se opera en la voz de Romain» (1990, 54).

⁸ También su vecino Piekenly retoma esta estructura una tarde en la que invita a un Gary aún niño a merendar, bajo una forma que, si bien en subjuntivo en español, implica el futuro anterior del indicativo en francés: «*Quand tu seras devenu ce que ta mère a dit... [Cuando te conviertas en lo que dijo tu madre...]*» (citado en Bayard 1990, 123).

Esta plurivocalidad del texto que cuenta la propia historia y, por lo tanto, del *yo* que toma la palabra (o que es tomado por ella en tanto locatario más que propietario), supone el fracaso de una total separación del *yo* respecto al otro. A este fracaso remite la idea de una *división* del sujeto de la lectura, cuya formulación supondría no solo una *topología* en el sentido freudiano sino además una *cronología*: «teoría del tiempo, atenta a esos flujos de voz de períodos diferentes que constituyen –o más bien no llegan a constituir– un *Yo*» (1990, 76).

En el mismo sentido en que para Bloom hay espectros que habitan los textos literarios, dislocando la temporalidad en la que se ubican, hablamos ahora de fantasmas que habitan el *yo* cuya escritura se ve fracturada por voces que lo poseen.

Bajo la idea de posesión es como Bayard lee otra novela de Gary titulada *La Danse de Gengis Cohn*, fundamentalmente a partir de la noción de *dibbouk*: «el alma de un difunto que no encontró reposo y ha tomado posesión de un vivo» (1990, 82). Creación y posesión se vinculan estrechamente en esta novela, donde «la creación es presentada como una empresa de *desposesión*, por la cual Gary se libera de los fantasmas judíos que lo habitan» (89).

Las dos novelas demuestran que la narración de la propia historia está precedida por textos con los cuales interactúa, reconociendo en su propia escritura los relatos de su vida que lo preceden a la vez que luchando contra esas biografías latentes, en un movimiento de *desposesión*⁹.

El *pre-texto*, la voz del otro, es presentado como un espectro, un *fantôme* con el cual la escritura mantiene una relación ambivalente entre la integración y la desposesión. La relación que mantiene el sujeto de la enunciación (sujeto de la escritura y de la lectura) es agonística a la vez que integradora. Esta escritura implica ese movimiento doble y paradójico en el que se encuentra el sujeto: no puede evadir el lenguaje del otro, sus voces ni sus pre-textos porque son a su vez constitutivos; pero tampoco puede reproducirlos sin más en tanto diluyen su propia escritura. En este dilema parental-filial Bayard redescubre la agónica lucha de los poetas que presenta Harold Bloom en su teoría de la influencia, tal como podemos constatarlo en el siguiente fragmento:

Un poema es una respuesta a un poema, como un poeta es una respuesta a un poeta, o una persona a su padre. [...] Para vivir, el poeta debe malinterpretar al padre, por el acto crucial del equívoco, que es una reescritura del padre [...] La voz del otro, del *daimón*, siempre está hablando en uno; la voz que no puede

⁹ Iser no se encuentra lejos de esta posición cuando habla de la lectura como un proceso en el cual se pasa a través del otro (el texto) para incorporarlo en el horizonte propio: «La privatización de una experiencia extranjera –afirma– significa que las propiedades del texto permiten anexar aquello que era todavía desconocido en la historia de la experiencia personal» (1970, 58). La lectura es entonces un paso por el otro a partir del cual surgen «asociaciones extrañas» que irritan las figuras de sentido y reorientan los actos de comprensión. Hay una ilusión, piensa Iser cerca de George Poulet (1969), de vivir otra vida.

morir porque ya ha sobrevivido a la muerte –*el poeta muerto vive en uno*–. En la última fase de los poetas fuertes, intentan unirse a lo inmortal *viviendo en los poetas muertos* que están ya vivos en él (Bloom 1975, 18-19).

Tanto el poeta fuerte como el precursor, el hijo como el padre, buscan vencer la muerte. La sobrevivencia a la muerte implica una sobrevivencia al tiempo. Esto también está presente en *La Danse de Gengis Cohn*: tanto la madre como el vecino Piekenly pretenden permanecer en el texto de Gary más allá de la muerte física. En efecto, Nina, durante la guerra, escribe cartas fechadas a futuro que el hijo recibirá ignorando que su madre ya ha fallecido. La autobiografía de Gary es así una respuesta que incluye estas cartas, escritas en un modo, según la expresión de Bayard, de *enunciación testamentaria*. Nina vive y habla después de muerta en Gary como Emerson vive en Withman (Bloom 1979) y Wordsworth vive y habla en Shelley (Bloom 2011).

La paradoja temporal se establece porque la *novela parental*, desleída y reescrita, se entrama con una *novela familiar*. Esta última, cercana al fantasma psicoanalítico, es una noción propuesta por Freud (1909) para referirse al relato inconsciente que un sujeto crea de sus vínculos genealógicos. Es decir, el escenario que el sujeto crea y en el que se inscribe a sí mismo en relación a sus padres. Así, la escritura consecuente de la lectura se configura según una interacción entre la novela parental y la familiar. Podríamos decir que estas novelas, junto al universo fantasmático del sujeto, configuran el *libro-interior*¹⁰.

¹⁰ La noción de libro-interior se enmarca dentro de la tradición de lo que podemos llamar una hermenéutica de la comprensión, elaborada notablemente, desde perspectivas muy diferentes –aunque ligadas al psicoanálisis–, por autores como Norman Holland (1975; 1985) o Paul Ricoeur (1990). El primero de ellos concibe la lectura como un acto de recreación de la propia identidad (entendida como un tema y sus variaciones). Contrariamente a esta posición, el concepto de libro-interior sostiene la imposibilidad de recrear una identidad, es decir la imposibilidad de su escritura. Más cuidadosa epistemológicamente resulta en todo caso la perspectiva de Ricoeur: «Comprenderse –afirma– es apropiarse de la historia de vida de uno. Ahora bien, comprender esta historia es hacer el relato de ella, conducida por los relatos, tanto históricos como ficticios, que hemos comprendido y amado» (1991, 42). ¿No podríamos entonces considerar las novelas parental y familiar como parte de estos relatos que hemos comprendido y amado? Para Ricoeur, la hermenéutica aporta a la autocomprensión fenomenológica un reconocimiento de la opacidad de la conciencia de sí y un rodeo necesario a través del universo de los signos. En otras palabras, y aquí lo que nos resulta todavía más interesante en nuestra lectura de Bayard, una mediación a través de la narración. La autocomprensión se opone así tanto a la transparencia del yo fenomenológico como a la del yo ego-psicoanalítico de Holland. Sin embargo, el afán conciliador propio del estilo de Ricoeur, más apegado a la dialéctica que a la diferencia, lo distancia de una perspectiva como la de Bayard, que se presenta incluso crítico frente a la hermenéutica toda vez que esta expresa simpatía por la unidad orgánica de la obra y la lectura como un «retornar a casa» (*Sammlung*). Nuestras investigaciones sobre Bayard nos permiten observar que si en Ricoeur el concepto de lectura se construye en el cruce de la hermenéutica y la fenome-

La doble temporalidad presente en el libro-interior dada la presencia de una novela parental (escrita en futuro: *serás*) y una novela familiar (escrita en pasado: *has sido*) constituye un fundamento de la hipótesis, en apariencia absurda, que Bayard sostiene a lo largo de *Demain est écrit*: la escritura prevé textos del futuro. No es solo que cada *sesión de lectura* supone una escritura fallida de un libro-interior ilegible; también cada *sesión de lectura* es un acto de escritura que busca repetirse y que indica la dirección futura del sujeto. Por ello, la *sesión de lectura* anuda atemporalmente pasado, presente y futuro.

Tal es la razón por la cual en *Demain est écrit* Bayard conjuga una temporalidad freudiana (sobre el modelo del *après-coup*) con una modalidad proustiana. Si la primera indica una repetición insistente del pasado y una resignificación retroactiva de los textos a partir de lo *ya-leído*, la segunda remite al futuro en cuanto esa repetición es siempre diferida y diferente. Al *après-coup* se adheriría entonces un *avant-coup* posibilitado por la anulación en el sujeto de la lectura de las diferencias entre pasado, presente y futuro:

Plural, el sujeto pertenece simultáneamente a diversos tiempos que corren en él, y la escritura tiene la capacidad de respetar esta diversidad interna y abrirse al tiempo singular de esas partes de nosotros mismos que, desprendidas del presente, son tomadas en las consecuencias de acontecimientos a venir (Bayard 2005, 101).

La sesión de lectura se caracteriza por esta particular condición temporal –atravesada por la atemporalidad del inconsciente– en cuanto es además una sesión de escritura. Esta escritura, caracterizada por la insistencia y la imposi-

nología (es decir en el reconocimiento de la opacidad y la búsqueda de una dialéctica en el mundo del texto), en Bayard la noción de lectura surge en el entramado del psicoanálisis y la deconstrucción (es decir en el reconocimiento de la imposibilidad de lectura del texto y de sí). Como resulta evidente en *Enquête sur Hamlet* (2002), el diálogo –tan caro a Ricoeur– entra en tensión con la lectura como delirio en Bayard. A la comunicación se opone el malentendido; al «picnic» entre autor y lector se opone la desviación del *misreading*. Ricoeur, de nuevo y siempre conciliador, no pierde sin embargo de vista la opacidad comunicativa y en *Tiempo y narración III* concibe –evocando a Joyce– la «lectura moderna» como «un drama de concordancia discordante» (1996, 883), allí donde el lector asume la «tarea imposible» de suplir «la carencia de legibilidad tramada por el autor» (883). Ricoeur llega incluso a señalar que en estos casos «la lectura linda con la lucha», porque no se trata solo de una carencia de sentido que, a través de los lugares de indeterminación, apelarían al lector para su concreción. Existe igualmente un «exceso de sentido» que el acto de lectura revela al dar cuenta de un «costado no escrito» del texto. Entre la falta y el exceso se configura también en Bayard la relación entre el libro-interior, el libro-fantôme y el libro-pantalla. Por eso, teniendo en cuenta las diferencias que los separan, la *sesión de lectura* que aquí pensamos con Bayard podría considerarse en el marco de aquello que Ricoeur entiende como el tiempo de la «re-figuración», es decir el tiempo de la lectura.

bilidad, configura una temporalidad singular de la lectura que es independiente de las coordenadas de la cronología.

A partir del análisis que hemos llevado a cabo hasta aquí, podemos afirmar que desde un punto de vista lógico (y no cronológico), la sesión de lectura se produce según tres tiempos que pasaremos ahora a articular.

4. LOS TRES TIEMPOS DE LA LECTURA

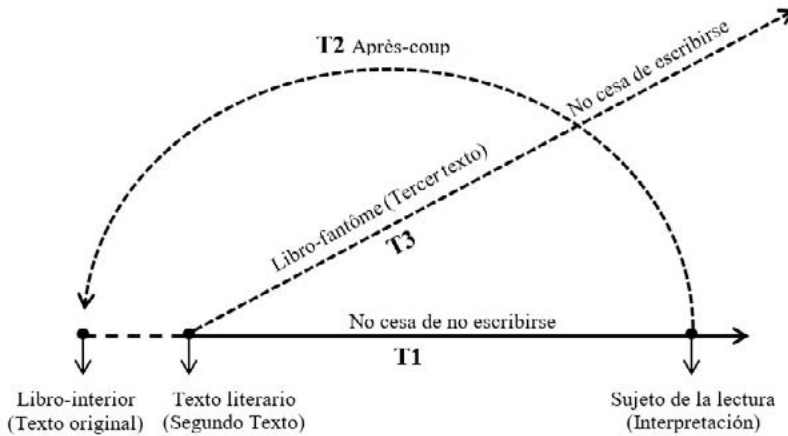
El recorrido que hemos hecho hasta aquí, leyendo a Bayard en interacción con otras propuestas sobre la temporalidad y la lectura como las de Michel Picard y Harold Bloom, nos permite ahora proponer un esquema explicativo que represente lo que sucede temporalmente durante el acto de lectura a nivel del sujeto y en su relación con el texto¹¹. Nos propusimos así ofrecer una definición de la noción de lo que llamamos *sesión de lectura*.

Concebimos al texto como una heterogeneidad atravesada por una temporalidad paradójica. Siguiendo a J.-A. Miller, hemos establecido en el Esquema 1 el modo en que la interpretación, es decir la inscripción en el texto del *sujeto de la lectura*, altera la temporalidad del texto y lo pliega retroactivamente, afectando la oposición hipotexto/hipertexto (Genette 1982).

Quisiéramos ahora presentar un esquema más completo que describa la complejidad temporal que atraviesa al texto y la lectura.

Al dedicarnos a la lectura del tiempo, recuperamos la noción de *doble temporalidad* propuesta por Bayard: nos referimos así al lugar del lector como posibilidad de la retroacción que sustituye la historia evenemencial por una historia cronológica. Si bien hemos hablado, atentos a la enseñanza de Miller, de una doble temporalidad en la sesión analítica, nuestra investigación nos induce a proponer para la *sesión de lectura* un proceso que ocurre en tres tiempos, tal como lo expresamos en el Esquema 2:

¹¹ Resulta evidente a esta altura que, a partir de las nociones trabajadas, parece imposible establecer un marco de referencia que delimite con claridad las fronteras del texto, por motivos que tienen tanto que ver con las virtualidades no actualizadas de cada texto como con la inscripción del sujeto del inconsciente. El ensayo de Bayard *Le hors sujet* (1996) es muy interesante en esta dirección: proponiéndose resumir *À la recherche du temps perdu* de Marcel Proust quitando las digresiones, Bayard descubre que es imposible identificar los límites entre el tema de la novela y aquello que es prescindible porque toda figura retórica depende de un acto interpretativo. En este sentido, los espacios vacíos de un texto –que, precisémoslo, son posibles gracias a la naturaleza retórica del texto– existen en la medida de una determinación interpretativa. Esta es la razón por la cual resulta imposible concebir una topografía del texto independientemente del sujeto del inconsciente que lee. Este artículo junto a aquel otro en el que trabajamos *la lectura del tiempo* se proponen precisamente abordar la temporalidad como una dimensión de la problemática topografía del texto.



ESQUEMA 2. Los tres tiempos de la lectura. Fuente: propia.

El Esquema 1 nos indicaba que el texto es una línea progrediente temporalmente infinita. El ejercicio propuesto por Miller enseñaba que la interpretación es un punto de corte al «texto original» que *no cesa de no escribirse*. En ese punto situamos nosotros el *sujeto de la lectura*.

En su dimensión temporal, un primer tiempo de la lectura (T1) se representa aquí por una línea progrediente infinita que expresa lo que no cesa de no escribirse. Es decir, tanto la imposibilidad de agotar la virtualidad del texto literario como de escribir el *libro-interior*¹². El Esquema 1 daba cuenta de esta imposibilidad y proponía como solución imaginar un punto de corte, un suplemento, que es donde nosotros ubicamos la interpretación. De este modo, el T1 sucede hasta el momento en que el *sujeto de la lectura* se inscribe en el texto literario.

El segundo tiempo (T2) ocurre al producirse una retroacción, representada por la parábola que se conduce desde el punto de interpretación al libro-interior. Es decir, desde el momento en el que el texto literario envía al pasado y el «texto original» busca repetirse en el presente. Este segundo tiempo presupone el entramado entre el libro-interior y el texto literario al que se enfrenta el lector. Nos enseña además que no existe una lectura robinsoniana, que al enfrentarnos a la literatura lo hacemos desde una posición de lo *ya-leído*.

¹² Si bien no fue desarrollado en este artículo, es importante insistir que este *no cesa de no escribirse* alude también a la dimensión de virtualidad inagotable del texto en cuanto actualizado cada vez por relaciones intertextuales producidas en el marco de una historia literaria móvil y por el carácter diseminante del texto. El aspecto de la lectura del tiempo al que aludimos en la introducción refiere precisamente a la imposibilidad de una lectura totalizante que clausure el diferimiento del texto por razones que refieren a las propiedades del lenguaje. Cfr. Derrida 1997.

Un tercer tiempo (T3) sucede cuando *a través* del texto literario, se busca escribir el libro-interior, produciendo como resultado un tercer texto –el *libro-fantôme*– que plantea el problema de cómo escribir la propia historia, es decir la separación e integración de la *novela parental* y la *novela familiar*. Tercer texto: ni el «texto original» ni el texto literario. Es decir, una *deslectura* de ambos, un desvío (como procura representar la línea discontinua oblicua), una incesante escritura de lo que no cesa de no escribirse, postergada siempre hacia el futuro. Este tercer texto establece así una suerte de formación de compromiso entre el texto literario y sus pre-textos: las novelas parental y familiar (los *fantômes*) así como el universo fantasmático del sujeto (el *fantasme*). En otras palabras, el libro-interior.

Es necesario insistir en que se trata aquí de tiempos lógicos y no cronológicos. En efecto, la inscripción del sujeto de la lectura –esto es, de la interpretación en tanto tal– tiene incidencias en cada uno de los tiempos que ocurren, por así decirlo, de un modo simultáneo. La separación en tiempos surge por lo tanto de una necesidad lógica, pero no responde a una relación cronológica.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

En nuestra investigación, hemos advertido que la incidencia del tiempo como factor determinante en la experiencia de la lectura se produce según dos aspectos: la lectura del tiempo (es decir, el efecto que producen sobre la lectura las relaciones intertextuales en el marco de la historia literaria) y el tiempo de la lectura (es decir, las condiciones temporales que se desarrollan por la naturaleza atemporal del inconsciente). En este artículo, como lo adelantamos en la introducción, nos hemos dedicado al segundo de estos aspectos.

Para ello, interpelamos la obra de Pierre Bayard a partir de otros autores que de un modo u otro involucran la dimensión temporal en sus concepciones de la literatura y de la experiencia de lectura ofreciendo herramientas para pensar la inscripción en el texto del sujeto del inconsciente.

Esta labor nos ha conducido a proponer un modelo de esta experiencia (en el sentido de acontecimiento que ocurre cada vez de forma imprevista) como un proceso constituido por tres tiempos lógicos. Cada uno de estos tiempos pone en evidencia la existencia de tres textos que conviven simultáneamente en la producción de sentido que supone la interpretación y que hacen de la sesión de lectura una sesión de escritura.

La ponderación del tiempo de la lectura –como complemento de la lectura del tiempo– tiene consecuencias para una teoría de la lectura.

Norman Holland planteaba en *5 Readers Reading* de 1975 que puede definirse la lectura al responder la siguiente pregunta: *¿quién lee qué y cómo?* Si tenemos en cuenta lo que hemos visto aquí sobre el tiempo, podemos señalar

algunas consecuencias para dar una respuesta a este interrogante, considerando nosotros una pregunta que contempla el *cuándo*.

En primer lugar, la *sesión de lectura* tal como la concebimos cuestiona los marcos referenciales del texto literario (habitado no solo por fantasmas de otros textos de la historia literaria sino además por fantasmas correspondientes a la historia del lector). De este modo, la respuesta por el *qué se lee* se encuentra en problemas, en cuanto se trata de un objeto de frágil delimitación, en relaciones intertextuales que se vinculan no solo al conjunto de la literatura sino además –y he aquí el gran aporte de la sesión de lectura– a las relaciones que se establecen con el libro-interior y el libro-fantôme.

En segundo lugar, la *sesión de lectura* problematiza el *cómo* se lee en tanto da cuenta de una temporalidad paradójica, habitada por una escritura incesante, imposible y diferida en la que conviven pasado, presente y futuro.

En tercer lugar, el propio *quién* de la lectura debe entenderse en el marco de relaciones que indican la naturaleza textual del lector.

Finalmente, la *sesión de lectura*, tal como la conceptualizamos aquí, suprime toda separación entre lectura y escritura. La escritura es imposible porque supone la cualidad de ilegibilidad del libro-interior. Sin embargo, esa imposibilidad es el fundamento mismo de una insistencia que hace de la lectura un acto incesante.

FUENTES

- Bayard, Pierre. 1990. *Il était deux fois Romain Gary*. París: PUF.
- Bayard, Pierre. 1996. *Le hors sujet. Proust et la digression*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, Pierre. 1998. *Qui a tué Roger Ackroyd ?* París: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, Pierre. 2002. *Enquête sur Hamlet. Le dialogue de sourds*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, Pierre. 2005. *Demain est écrit*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, Pierre. 2007. *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus ?* París: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, Pierre. 2009. *Le plagiat par anticipation* París: Les Éditions de Minuit.
- Bayard, Pierre. 2010. « Comment j'ai fait régresser la critique ». En *Pour une critique décalée. Autour des travaux de Pierre Bayard*, ed. Laurent Zimmerman, 19-37. Nantes: Éditions Cécile Defaut.
- Bayard, Pierre. 2016. *Le Titanic fera naufrage*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bloom, Harold. 1979. «The Breaking of Form». En *Deconstruction and Criticism*, ed. Harold Bloom, 1-31. Londres: Routledge & Keagan Paul Ltd.
- Bloom, Harold. 1997. *The Anxiety of Influence. Second Edition*. Nueva York – Oxford: Oxford University Press.
- Bloom, Harold (2003) [1975]. *A Map of Misreading*. Nueva York: Oxford University Press.
- Bloom, Harold. 2011. *The Anatomy of Influence: Literature as a Way of Life*. New Heaven – Londres: Yale University Press.

- Freud, Sigmund (1992) [1899]. *Sobre los recuerdos encubridores. Obras completas*. Trad. de José Luis Etcheverry. Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1992) [1909]. *La novela familiar del neurótico. Obras completas*. Trad. de José Luis Etcheverry. Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1992) [1920]. *Más allá del principio del placer. Obras completas*. Trad. de José Luis Etcheverry. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freund, Elisabeth. 1987. *The Return of the Reader. Reader-response criticism*. Londres – Nueva York: Methuen.
- Picard, Michel. 1986. *La lecture comme jeu*. París: Les Éditions de Minuit.
- Picard, Michel. 1989. *Lire le temps*. París: Les Éditions de Minuit.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Derrida, Jacques. 1997. *La diseminación*. Trad. de José Martín Arancibia. Madrid: Fundamentos.
- Garayalde, Nicolás. 2014a. «Unidad y decisión: apuntes sobre la crítica y teoría literarias norteamericanas. Norman Holland, Stanley Fish y Paul de Man». *Cuadernos del Sur* 42: 111-132.
- Garayalde, Nicolás. 2014b. *Las conveniencias de la no lectura*. Córdoba: Comunicarte.
- Garayalde, Nicolás. 2016. «Pierre Bayard: hacia una crítica policial». *Revista Chilena de Literatura* 92: 75-98.
- Garayalde, Nicolás. 2018 «La lectura del tiempo en la obra de Pierre Bayard». *Çedille, revista de estudios franceses* 14: 221-243.
- Genette, Gérard. 1982. *Palimpsestes. La littérature au second degré*. París: Seuil.
- Holland, Norman. 1975. *5 Readers Reading*. Nueva Haven – Londres: Yale University Press.
- Holland, Norman. 1985. *The I*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Holland, Norman. 1992. *The Critical I*. Nueva York: Columbia University Press.
- Ingarden, Roman. 1998. *La obra de arte literaria*. Trad. de Gerald Nyenhuis México: Taurus.
- Iser, Wolfgang. 1987a. *El acto de leer*. Madrid: Taurus.
- Iser, Wolfgang 1987b. «El proceso de la lectura: enfoque fenomenológico». En *Estética de la recepción*, ed. José Antonio Mayoral, 215-244. Madrid: Arco.
- Iser, Wolfgang. 1970. *L'appel du texte. L'indétermination comme condition d'effet esthétique de la prose littéraire*. Trad. Vincent Platini. París: Allia.
- Jauss, Hans Robert. 1976. *La literatura como provocación*. Barcelona: Península.
- Kuhn, Thomas. 1971. *La estructura de las revoluciones científicas*. Trad. de Agustín Contin. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, Jacques. 1975. *Encore*. París: Seuil.
- Maurel-Indart, Hélène. 2009. «Le précurseur dépossédé». *Acta fabula* 10 (2). Accesible en: <<http://www.fabula.org/revue/sommaire4838.php>>
- Miller, Jacques-Alain. 2014. *La erótica del tiempo y otros textos*. Trad. de Marcela Antelo. Buenos Aires: Tres Haches.
- Pennanech, Florian. 2009. «L'histoire n'existe pas». *Acta fabula* 10 (2). Accesible en: <<http://www.fabula.org/revue/sommaire4838.php>>
- Poulet, Georges. 1969. «Phenomenology of Reading». *New Literary History* 1 (1): 53-68.
- Ricoeur, Paul. 1990. *Soi-même comme un autre*. París: Seuil.
- Ricoeur, Paul. 1991. «Autocomprensión e historia». En *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación*, ed. Tomás Calvo Martínez y Remedios Ávila Crespo, 26-44. Barcelona: Anthropos.

Ricoeur, Paul. 1996. *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. Trad. de Agustín Neira. Buenos Aires: Siglo XXI.

Winnicott, Donald. 1994. *Juego y realidad*. Trad. de Floreal Mazía. Barcelona: Gedisa.

Fecha de recepción: 23 de enero de 2018.

Fecha de aceptación: 20 de abril de 2018.